

juicios lapidarios sobre hechos y hombres que han ocupado la atención del mundo de los últimos años, constituyen acaso el documento más serio y cautivante que jamás hayamos leído.

De la obra, se levanta sin embargo una pregunta angustiosa. ¿Cuándo las Democracias del planeta, en una asociación de fuerzas sin precedentes en la historia, se levantaron para defender, como dijeron, el destino libre del hombre, frente al intento de tiranía mundial del nacionalsocialismo, como ya lo hizo casi solo e inermemente, hace miles de años el pueblo griego cuando en Platea, Marathon y Salamina detuvo la avalancha del omnímodo poder de la barbarie asiática, que representaron Darío y Jerjes, ¿combatían realmente contra las cuatro raíces que sustentaron en su expansión al Partido Nazi Alemán: el antiliberalismo, el antisemitismo, el anticristianismo y el antibolchevismo? Por lo menos en el mes de octubre de 1947 no podría decirse tan exactamente lo mismo que en 1942 o en 1943, ante los acontecimientos recientes de hoy, pues, habría que reducir sólo a tres, a las tres primeras, las premisas atacables del nacionalsocialismo.

Termina Valentin su admirable obra con una fervorosa reiteración de fe en el destino de Alemania, repitiendo una frase ya famosa en nuestros días: «Los Hitlers vienen y se van: un pueblo como el alemán queda».—S. G. M.



<https://doi.org/10.29393/At271-22HFVC10022>

«EL HOMBRE DEL FUTURO», por el Dr. *Alejandro Reyes*

Siempre esperamos del delicado espíritu del Dr. Reyes un producto literario que le reflejara, que le retratara tal como es, en su apostura de sincero buscador de bellezas. Pero todo ello no nos hacía presumir, sin embargo, este agradable tomo de cortos ensayos, que creemos, con todo el respeto que su obra anterior nos merece, lo más brillante de su producción.

Leyendo estas páginas, que se consumen con rapidez, se encuentra al hombre escritor, al hombre poeta, al hombre médico, todo reunido, haz de opiniones, sentimientos, anhelos, desesperaciones. Y sin embargo, ¡qué lejos se vemos de toda amargura o rencor ilimitado!, qué lejos de esa liviana línea donde no pocos hombres de su experiencia suelen caer, justamente cuando debieran, por su responsabilidad moral, ocultar esas debilidades. Hay en el autor de este libro una mirada pura, que por su misma naturaleza enfoca los más palpitantes momentos de sus temas, y coloca al lector en contacto directo con la fuente verdadera de sus alcances, significaciones y deducciones.

Uno de los ensayos más impresionantes, el que—como otros—no está exento de razones u opiniones personales, profundamente íntimas, es el que titula justamente «El Hombre del Futuro». No obstante lo breve, éste contiene las opiniones fundamentales del ensayista, acerca de la constitución moral del hombre. Piensa el doctor Reyes que, aún cuando se trata de «fabricar» un hombre de mayores posibilidades físicas que el actual. (experimento de un médico investigador norteamericano, sobre cuestiones de eugenesia), y aún, de mayores posibilidades psíquicas, no podrá variar el sistema de egoísmos y maldades, si no se modifica el alma misma del hombre, cosa que no se puede obtener en un laboratorio. El doctor Reyes piensa que al hombre, fuera de esa condición espiritual que anotamos, nada le falta, puesto que ha ido escalando todos los grados de perfección, sin conseguir, en cambio, un grado de espiritualidad que le salve de tanto acto egoísta, ya que no lo ha hecho aún cuando ha escuchado, desde las colinas de Judea, el verbo de Jesús, y ha creado multitud de sistemas filosóficos y organizaciones a propósito.

Largo de comentar sería si tomásemos cada uno de estos interesantes Ensayos. Hay nutrido material que, de verlo detenidamente, habría para muchas carillas. Bástenos con nombrar

algunos, como el de «Carrel y los Médicos», «Juan Gandulfo», «El Golpe de Estado de 1924», «Bitácora de la Dictadura», y otros que encierran profundas reflexiones, delicados sentimientos, recuerdos hermosos que, a nuestro modesto entender, no muchos hombres pueden lucir para sí.

Y esa hermosa condición de sana consideración con que el doctor Alejandro Reyes enfoca sus temas; esa liviana pasión, serenidad más bien, con que recuerda hechos amargos o trágicos, a veces profundamente desgraciados, le dan un don de humanidad, de ternura, que no cualquier mortal, con esas circunstancias, tendría. El doctor Reyes mira hacia atrás, y sonríe, con esa satisfacción entera, con la agradable satisfacción de mirar lo hecho, lo apasionadamente hecho, satisfacción que puede llenar la vida de un hombre de acción, de trabajo, de preocupación por todas las tercas que implica el verdadero espíritu.—V. C.